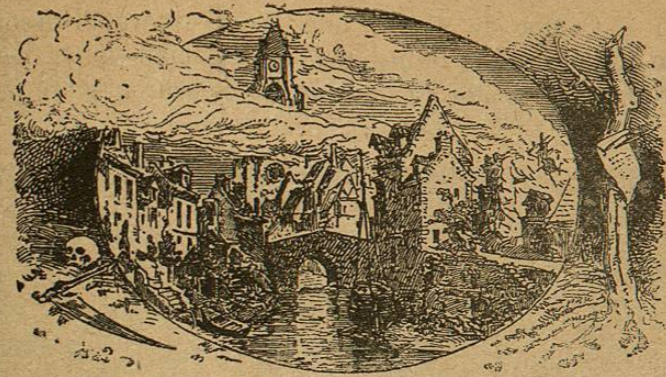


»Y vosotros, laboriosos ciudadanos, cuya riqueza es el trabajo, ¿qué hariais si todos los instrumentos de trabajo quedaran destruidos? ¿De dónde sacaríais los recursos necesarios para vivir sin trabajar? ¿Qué manos prestarían auxilio á vuestras desesperadas familias? ¿Iriais á pedir el apoyo de los falsos amigos, de los conspiradores pérfidos que os habrían arrojado al abismo?

»¡Oh, huid de ellos; dudad de su respuesta que yo os anticiparé: «Id y disputad á la tierra algunos girones sangrientos de la carne que hemos descuartizado... ¿No queríais sangre? Tomad. Esta es la sangre de los muertos. No podemos ofrecer otros alimentos.»

»Temblad, ciudadanos, estremeceos... ¡Oh patria mía. A mi vez haré esfuerzos sobrehumanos para salvarte de esta terrible crisis!»



CAPITULO XI

El proceso.—Amenazas de la Comuna.—Pacificadora tentativa de Danton (Diciembre 92.—Enero 93)

Valor de los dos partidos.—Generosidad de la Gironda.—Audacia de la Montaña.—Equivocación que sufrieron los dos partidos.—En qué se equivocó la Montaña.—En qué la Gironda.—La Gironda acusada de sostener relaciones con el rey (3 de Enero 93).—La Convención enervada y envilecida por las tergiversaciones del centro (Enero 93).—La Comuna intenta intimidar á la Convención.—Conflicto sobre las leyes.—Los Jacobinos reclutan no al populacho, si no á los federados de los departamentos.—La batalla parece inminente.—Disposiciones de Danton en pro de la paz.—Danton trajo de Bélgica la opinión del ejército.—Heroísmo del ejército contra si mismo.—Lo que Danton había hecho en Bélgica.—Teme una explosión de fanatismo religioso.—Los «Chouans».—La leyenda del rey.—Afluencia á las iglesias, la Nochebuena.—Danton da un paso hacia la Gironda.—¿Quería salvar al rey ó á la Convención?—Danton es rechazado (14 Enero 93).

Los dos partidos, en esta terrible discusión, demostraron gran valor. Hubo muchos que defendieron la vida del rey en presencia de seres fanáticos, furiosos, que, desde las tribunas, enseñaban los puños, siendo rodeados á la salida y á la entrada de individuos que proferían terribles amenazas. También sufrieron amenazas los confiados acusadores de Luis XVI. París estaba lleno de realistas disfrazados, unos con el traje del obrero, otros parecían venir de los arrabales; todos eran militares y duelistas que por la más mínima cosa derramaban sangre. No era creíble que maduraran un golpe, como no fuera dejándose arrastrar por el más enfurecido fanatismo.

Esto significaba, desde luego, que se corrían peligros; y tanto por una parte como por otra, se derrochó el valor, pues ambos partidos apoyaban su opinión sobre extremos que les hubieran podido costar la vida.

Los girondinos no ignoraban que sus nombres eran los primeros escritos en la lista de proscriptos de Coblenz. ¿Después de lo ocurrido á Lafayette, defensor obstinado del rey, después de la sangre de-

ramada en el Campo de Marte, que podía esperar Brissot, autor del primer acto que efectuó la República? ¿Qué debían temer los que crearon el gorro frigio y el día 20 de Mayo lo colocaron sobre la cabeza del



... comprendió a Racine cuando Robespierre hubo hecho algunas lecturas en familia. (Pág. 413)

rey? Si la emigración tuvo sed de sangre de patriota, fué con la sangre de girondino con lo que se aplacó. Los emigrados, en sus furiosos libelos, saborean de antemano la muerte de Brissot, se bañan en espíritu en la sangre de Vergniaud (y Roland. La Gironda lo sabía. Y quizás,



La batería de los «Hombres sin miedo» en el sitio de Tolón. El teniente que está junto al cañón con el escobillon en las manos es Napoleón joven. (Reproducción de una pintura de Waschmull 1794)

por esto, defendía á Luis XVI. Era caballeresco, loco, quizás pero heroico, dejarse ahogar en el motín por salvar al rey, cuando se sabía perfectamente que la entrada de los realistas en Francia se inauguraría con la muerte de los girondinos.

La defensa de la vida del rey por la república misma, parecía absurda, pero era sublime.

No olvidemos que esta defensa la hizo la Gironda entre dos patíbulo. Vencerían los realistas ó los Jacobinos, pero los girondinos habían de perecer.

Por otra parte, la Montaña, no fué menos grande, menos audaz, menos noble. Decía la Montaña que era imposible fundar una República como no fuera aterrorizando á los reyes, demostrando por medio de un proceso que un rey es un ser responsable, que su cabeza no tiene más que la de cualquiera otro hombre, mostrando al pueblo el vano prestigio de estos seres, en que se funda su absurda tradición. Creía la Montaña, no sin razón, que el hombre es antes cuerpo que espíritu y que no estaría convencido de la muerte de la realeza hasta que no viera, no tocara el inerte cuerpo de Luis XVI, con su cabeza separada del tronco. Entonces la Francia diría: «He visto y creo... Estoy convencida; el rey ha muerto: ¡Viva la República!»

Los montañeses sabían desde luego que sus principales enemigos eran los reyes de Europa; que las familias de los soberanos, unidas entre sí, ejercen una poderosísima influencia y les jurarían un odio implacable á través de los siglos. Mídase la importancia que esto ejerce en la vida social y se comprenderá el valor que demostró la Montaña. Un montañés puede ir hoy contra un rey; pero ¿qué será de él mañana? Se encontrará sólo, como un simple particular, sin representación alguna en la vida política, débil, desarmado, como antes del 89; médico, oscuro abogado, pobre maestro expuesto diariamente á los rudos golpes del poder, á la venganza odiosa del tirano, interesado en demostrar ante el mundo que no impunemente se atacan sus intereses sagrados. ¿Qué ocurriría si la monarquía, trabajando hábilmente, aprovechando los materiales que le proporcionaba el mal público, lograba persuadir al pueblo de que los culpables eran aquellos jueces intrépidos?...

La Montaña no ignoraba que juzgando al rey abría bajo sus pies un abismo de execración y de muerte. Vió el abismo y se arrojó á él, creyendo salvar la Francia, si en su caída arrastraba al rey.

Debemos este homenaje al heroísmo de los dos partidos. Todos, montañeses y girondinos, sabían de antemano que se jugaban la vida, y sin embargo, nadie titubeó. Quisieron morir por nosotros.

La Montaña se equivocó respecto á los efectos que había de causar la muerte de Luis XVI.

Los reyes recibieron una terrible ofensa, desde luego, al guillotinar á uno de los suyos. Hacíase escarnio con esto de su omnipotencia, pisoteando sobre un tablado su soberbia, su altivez, su orgullo. Pero la

muerte de un rey no era cosa nueva. Carlos I murió también y por este hecho la causa monárquica no sufrió descomposición. Luis XVI al perecer, aumentaba el poder de su causa. Envilecida la *religión monárquica* por el carácter de los reyes del siglo XVIII, sentía esta la necesidad de un mártir. La gastada institución monárquica ha recibido nueva savia con la muerte de Luis XVI y las glorias de Napoleón. Dos leyendas.

La muerte de Luis XVI ha servido á los intereses de los reyes, hasta el extremo que no hicieron esfuerzo alguno sus colegas por salvarlo.

El rey de España, su primo, no se inquieta. Luis XVI recibió una tardía carta del ministro español, Ozcáriz, que fué como un movimiento de generosidad, espontáneo, del pueblo español. Carta que no tuvo carácter alguno oficial. El mismo Ozcáriz confiesa que su señor nada le ha indicado.

El emperador, primo de la reina, tampoco muestra su diligencia en esta crisis. Inglaterra vió complaciente la ruina de Luis XVI, que era como una venganza de la guerra de América. Hubiérase alegrado aun más si hubiese visto á la Francia hundirse en sus propios ciempios.

Rusia aceptó de Francia esta lección sobre los *horrores de la anarquía*, horrores que la daban mayor autoridad para proceder contra Polonia y los *Jacobinos polacos*.

El resto de los soberanos de Europa enmudecen ante las desgracias de su colega. Su muerte les servía. Les era útil. Monseñor se hace proclamar por el emperador regente de Francia, y el conde de Artois no tarda un minuto en conseguir de Monseñor el título de teniente general del reino. Calonne reina tan pacíficamente que llena las prisiones de emigrados franceses.

Lo repetimos. La Montaña sufrió una equivocación. La muerte del rey no tuvo los efectos que suponía. Levantó, eso sí, la opinión de toda Europa contra la Francia. Matando al rey, sin demostrar que tenía derecho á matarlo, olvidó que la justicia, para ser luminosa, ejemplar, ha de convencer; si el cuchillo de la justicia es terrible es porque al levantarse airado ilumina con sus reflejos.

La Gironda, por otra parte, se equivocó igualmente, sosteniendo que la Convención no podía juzgar al rey en última instancia, mostrándose partidaria de que el pueblo revisara el proceso, lo cual era impracticable, imposible.

Estos excelentes republicanos comprometían la República. Si no se celebra un juicio rápido, enérgico y por la Convención, la República correrá gravísimos peligros.

El triunfo de Vergniaud, si hubiera sido duradero, hubiera cambiado la faz de los sucesos. ¿Quién hubiese triunfado? La Gironda, no los realistas.

Los girondinos equivocáronse lamentablemente. Creían en que el pa-

triotismo era un sentimiento demasiado ingenuo. Ignoraban que había una muchedumbre de realistas que disfrazados, inundaron París, realizando un habilísimo y temible trabajo de conspiración, minando la fe republicana en muchos corazones. Tampoco se dieron cuenta de la conspiración de los curas, que escondidos escuchaban todas las discusiones, acechando la ocasión para declarar la guerra civil. Esta situación es terrible. Ocurrió entonces una nueva crisis. Súbitamente se experimentó el efecto de una caída, de una derrota; sintióse pánico y pareció como se escuchaba el grito de *sálvese quien pueda*. La Montaña sintió la situación intuitivamente. Atacó á la Gironda por que enervaba la fuerza de la Revolución, y en un momento de furor, mezclados la rabia, el odio, los deseos de venganza personal, intentó inferirle el golpe que previó Vergniaud.

El 3 de Enero, la Montaña, por medio de una censurable maquinación, hizo cambiar de posición á los girondinos que se convirtieron de jueces en acusados.

Un representante á quien se le concedía poca autoridad política llamado Gasparín, declaró que Boze, pintor del rey, con el cual conversó el verano precedente, le había hablado de un documento escrito por los girondinos y firmado por Vergniaud, Guadet y Gensonné en el que exigían al rey que adoptase un nuevo ministerio girondino.

Gasparín supo el suceso desde el mes de Junio ó algo después y guardó el secreto durante cinco meses.

Aparentemente se le concedía poca importancia al hecho. Si hubiera visto en esto un acto de traición seguramente no hubiera tardado cinco meses en revelarlo á la Convención.

La Montaña había quedado aterrada. El discurso de Vergniaud la anonadó. Gensonné habló inmediatamente después de Vergniaud, apoyando su discurso, aguijoneando la herida del enemigo. Habló sin cólera, adoptando un tono irónico, de desprecio para Robespierre, llegando hasta decirle: «Podéis estar tranquilo; nadie atentará contra vuestra vida; probablemente sois incapaz de atentar contra la de nadie... quizás sea este uno de vuestros más grandes sentimientos...»

Al día siguiente Gasparín fué lanzado por Robespierre contra la Gironda, confesando lo que oyó decir al pintor del rey.

El hecho no pudo ser negado.

Los representantes inculpados declararon sin dificultad que, á ruegos de Boze, quien los interrogó acerca de los medios para remediar el desequilibrio y la miseria nacional, creyeron un deber manifestar su opinión. Gensonné tenía en su poder una carta: Guadet y Vergniaud la habían firmado. ¿Quién podía censurar que en una época de frecuentes aventuras hubiesen accedido aquellos hombres á dar un consejo para evitar la continua efusión de sangre?

El tiempo transcurría con celeridad. Las cosas habían cambiado. No se puede comprender que bajo la deslumbradora luz de la República

podiera haber en aquella época tantas tinieblas; no se había perdido el sentimiento del ideal pero faltaba memoria; tanto la Montaña como la Gironda parecía que habían perdido tan importante facultad. Los girondinos sufrían ataques generalmente débiles, á pesar de lo cual, para defenderse, hacían grandes esfuerzos, pues no podían oponerse á la marcha de un mundo nuevo que á pesar de sus trabajos, de los obstáculos que le oponían, avanzaba con majestuosa marcha.

Cuando Guadet dijo para defenderse que «después de la pésima impresión que había dejado el 20 de Junio no era difícil dudar de lo que ocurriría respecto á la jornada del 10 de Agosto...», la izquierda se levantó furiosa, indignada, como diciéndole: «¡Habéis dudado del pueblo!... ¡No tenéis fe en él!...»

Se discute la orden del día y la Convención rinde homenaje de estimación á Vergniaud nombrándolo presidente. Triunfo de la Gironda. Los secretarios fueron girondinos, girondino también el comité de vigilancia. Recházanse las acusaciones de la Comuna contra Roland y se acogen con benevolencia las demandas del Finisterre y la Hante-Loire que solicitan la exclusión de Marat, Robespierre y Danton. La segunda de aquellas regiones ofrece una escolta para guardar la Convención, ayudándola á salir de París. El furor, fingido quizás, de las tribunas que interrumpían sin cesar, llenando de ultrajes y denuestos á los representantes; la violencia de los gritos y los libelos escandalosísimos, agotaron toda la paciencia. Los montañeses más honrados estaban indignados. Rewbell pidió que fueran arrojados de la Convención los que iban á la Convención misma á vender los folletos contra ella; el girondino Ducos pide que se haga constar esta cuestión en la orden del día. El honrado Legendre, con el acento de hombre sincero y patriota de corazón, denuncia una ligereza que ha cometido un colega suyo, el montañés Bentabole, quien hizo una señal á las tribunas para que mortificaran á la derecha aplaudiéndola ruidosa é irónicamente.

¿Por qué se adoptó este arbitrario sistema de desacreditar la Convención?

Los más exaltados pensaron en que si diariamente, por medio de manifestaciones de esta naturaleza se desautorizaba un poder se llegaría pronto al caos de la anarquía.

¿Quién, en realidad, atacaba á la Convención? ¿Cómo explicar el fenómeno de su impotencia? ¿Por el terror? Efectivamente; en torno de la Convención veíanse individuos que la amenazaban, pero hasta entonces ningún diputado de la Convención fué agredido por esta muchedumbre que la rodeaba.

Los quinientos diputados del centro, protegidos por su oscuridad, podían votar en escrutinio secreto las medidas enérgicas que después les fueron propuestas. ¿Quién los detuvo? El temor de entregar el poder á los mismos que proponían estas medidas de rigor. Esta gran masa muda del centro, tenía también sus directores silenciosos; Sieyes y otros polí-